

## La obra de Beatriz de la Fuente y la valoración del arte mesoamericano

María Teresa Uriarte  
Instituto de Investigaciones Estéticas,  
UNAM

Sé que no es difícil hablar de la relevancia que la obra de Beatriz de la Fuente ha tenido en el reconocimiento del legado material prehispánico, no sólo como un producto social, económico o político, sino fundamentalmente como obra de arte; sus innumerables libros, artículos, conferencias, y para quienes fuimos sus discípulos, las clases o seminarios son una muestra elocuente de la importancia de ese que-hacer. No, lo difícil ha sido encontrar el sitio por el cual empezar.

La obra de nuestra maestra es extensa y sobre todo plena de enseñanza y conocimiento. Me gustaría compartir con ustedes algunas vivencias, de las muchas que he tenido el privilegio de compartir con ella.

No recuerdo con precisión el año, debe haber sido 1995. Estábamos en Palenque fotografiando la pintura del edificio E, del conjunto del Palacio, y un joven se le acercó, interesado, para preguntar qué estábamos haciendo: Leticia Staines tomaba fotos de los muros que circundan la puerta que comunica al edificio E con el patio de los edificios A y C; María Elena Ruiz Gallut y yo, mientras tanto, tomábamos medidas y proyecciones desde la torre.

Era al principio sólo la imagen, una mujer afable sentada en un banquillo plegadizo y un joven gordito con sombrero que se acercaba interesado a escuchar lo que ella le contestaba; cuando nos acercamos, sus palabras completaron la escena: allí estaba Beatriz de la Fuente, la universitaria, la maestra, la historiadora del arte. Hablaba del Palenque de sus amores así, enamorada del sitio y sobre todo del que-hacer del hombre convertido en obra de arte. Ésa es la trascendencia de su obra.

Beatriz de la Fuente ha logrado, a lo largo de décadas de consagración, dejar claramente establecido que, por encima de o además de su relevancia cultural, social o económica, una obra prehispánica debe ser valorada por su singular e irreplicable carga estética.

Tan ha sido importante este reconocimiento y esta labor, que ahora ya no se nota que antes no era así, al menos no tan sistemática y metódicamente. Si hasta

pareciera que desde siempre quien se acercó al mundo indígena mesoamericano ya entendía sus valores plásticos, sus significados más profundos, desentrañados a través de rigurosa aplicación de un método iconográfico, del examen cuidadoso, del juicio acertado escrito o expresado por ella.

Ha sido un camino largo, de muchos años de dedicación, disciplina y mucho, muchísimo trabajo. Es verdad que no fue la primera. Justino Fernández, a quien ella misma reconoce como su maestro, nos dejó testimonio muy claro de lo que ha significado la historiografía del arte indígena mesoamericano, en su magnífico trabajo sobre Coatlicue, y él, a su vez, heredó de Toscano y de otros investigadores ese gusto por encontrarles sus valores artísticos a aquellas obras.

En estricto sentido, ya desde los cronistas del siglo XVI existe un reconocimiento de la importancia de la obra indígena, pero ciertamente no a través de su relevancia artística.

Quizás una de las labores que como maestra e investigadora ha desarrollado con mayor eficiencia, es obligar a sus escuchas a ver, a acercarse y mirar, actividad primordial en el reconocimiento de una obra plástica de formas crípticas como es la mesoamericana.

La obra plástica mesoamericana oculta su mensaje en sus formas diferentes, alejadas del modelo occidental, convirtiéndose en algo ajeno, exótico, distinto, y por ello incomprendido.

En su estudio sobre la escultura de Palenque, su primer libro publicado, ya la autora destaca por esa apreciación estética que reúne por vez primera la escultura palencana como un todo digno de estudio y valoración a través de los criterios de la historiadora del arte.

Guiada por la intuición y la aguda sensibilidad que la han caracterizado, apuntó una evolución estilística que después del desciframiento de la glífica maya, que tanto ha avanzado en los últimos años, ha demostrado que la historia del arte y su metodología han sido instrumentos muy valiosos para el mejor conocimiento de una cultura, ya que aquello que por intuición se planteó, en la mayoría de los casos, a través de la información histórica, ha quedado sustentado.

María Teresa Uriarte y Beatriz de la Fuente el jueves  
22 de enero 2004, en la comida anual con la que la doctora  
De la Fuente festeja, en su casa, un aniversario más  
del seminario. Foto: Ricardo Alvarado.



Una de las aseveraciones más profundas que dan inicio a ese libro es la siguiente; cito: “la escultura maya tiene su *estilo propio*”.\*

Eso tan simple implica una enorme trascendencia, los criterios artísticos son aquellos que le confieren unicidad a la obra que ella analiza y que invariablemente, a través de su historiografía, remite al ser humano.

El eje de la creación artística es el hombre, y con esta aseveración Beatriz de la Fuente se inserta como humanista, al rescatar al artista y convertirlo no sólo en el ejecutante, sino en el tema central; la historia del arte cumple con su destino de pertenencia al ámbito de las humanidades.

La creación prehispánica tiene que ser valorada con criterios y métodos que a lo largo de los años se van configurando. Una buena descripción obliga al ojo a mirar; la descripción sistemática de la cabeza a los pies de la figura entraña una

\* Beatriz de la Fuente, *La escultura de Palenque, México*, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1965, p. 77.

Miembros del seminario La Pintura Mural Prehispánica en México, en una visita a Teotihuacán en el año 2000. De izquierda a derecha: Laura Piñeirúa, Francisco Villaseñor, Dionisio Rodríguez, Gerardo Ramírez, Linda Lasky,

Jorge Angulo, Beatriz de la Fuente, Alfonso Arellano, Leticia Staines Cicero, María Elena Ruiz Gallut, Rubén Cabrera, Susana Díaz, Daniel Flores, Arturo Pascual. Foto: Ricardo Alvarado.



suerte de percepción ampliada que le confiere a cada elemento su valor, y posteriormente su significado; desde sus primeros estudios Beatriz de la Fuente se percató de esto y lo utiliza como herramienta para consolidar sus apreciaciones. La iconografía y la iconología son instrumentos que la historia del arte ha tomado para desentrañar los mensajes ocultos de la obra indígena mesoamericana.

Un segundo criterio consiste en obtener un *corpus* lo más completo posible de los objetos hacia los que dirige su interés; así surgen sus primeros catálogos, como el de la escultura monumental olmeca que le daría la base para su tesis de doctorado, que se centra en la escultura de San Lorenzo y La Venta, y que posteriormente daría pie para la elaboración de otra obra de consulta obligada, *Las cabezas colosales olmecas*, en donde conjuga la catalogación, el análisis estructuralista, la detallada descripción y las conclusiones iconográficas.

La publicación de la *Escultura funeraria prehispánica* es el fruto de un nuevo esfuerzo de catalogación, acompañado del más riguroso análisis de la cerámica del Occidente de México, sin abandonar las áreas anteriores de su interés. Bea-

triz de la Fuente y su obra son indispensables para la organización de coloquios, ciclos de conferencias, exposiciones, mesas redondas, historias del arte prehispánico, en los que se traten los temas que ella ha conocido tan bien.

En 1980, de nuevo en la búsqueda de nuevos horizontes, publica *La escultura huasteca en piedra*. En ésta, como en otras colaboraciones, aparece el nombre de Nelly Gutiérrez Solana, quien se convierte en la primera de muchos alumnos a quienes Beatriz siempre ha dado el crédito y, lo que es más importante, la formación y el impulso para convertirnos en historiadores del arte.

No es mi propósito reseñar su obra como historiadora del arte; sin embargo, como su discípula y colega, la lectura de sus obras es imprescindible para formarnos una cabal idea de la trascendencia de su labor.

Los catálogos y las descripciones minuciosas ya serían una gran aportación, pero hay algo que ella nunca dejó atrás: su idea del hombre prehispánico, del artista detrás de cada obra. Sus comentarios, sus clases, sus conferencias, sus escritos, nos llevan siempre al punto del eterno retorno: el hombre. Por ello ha indagado todos los caminos de aproximación en su búsqueda: *Peldaños en la conciencia*, *Escultura de piedra de Tula*, y finalmente su obra magna: *La pintura mural prehispánica en México*, que después de más de una década ha rendido innumerables frutos.

Es una historiadora del arte que en la búsqueda perenne de la metodología precisa encontró que la multidisciplina y la interdisciplina, como en el “Jardín de los senderos que se bifurcan”, nos han llevado siempre a un nuevo rincón, una nueva perspectiva, un enfoque diferente o complementario de la obra de arte mesoamericana.

En la cúspide de su carrera como historiadora del arte, sus decenas de alumnos, entre otros los más cercanos, hemos hecho de su enseñanza nuestra obra, y gracias al consejo siempre oportuno, a la sabiduría que se genera más allá del conocimiento que dan los años de fructífero e incansable trabajo, nos sumamos a los múltiples reconocimientos nacionales e internacionales; con nuestro agradecimiento hacemos patente que el Premio Universidad Nacional, el Premio Nacional, la distinción como investigadora emérita de nuestra Universidad, los

premios internacionales a su obra y su membresía a El Colegio Nacional, son reconocimientos que por fortuna nos ha tocado atestiguar de manera directa.

La vocación de Beatriz de la Fuente ha sido siempre la de historiadora del arte; más de cien artículos, cerca de cincuenta capítulos en libros especializados, alrededor de cuarenta presentaciones de libros, decenas de conferencias, cursillos, diplomados, han sido objeto de múltiples citas de su obra.

Como maestra —otra faceta de su vida en la que ha abundado María Elena Ruiz Gallut— las tesis de licenciatura, maestría y doctorado han configurado, en casi medio siglo, una verdadera escuela mexicana de historiadores del arte prehispánico en la que el rigor metodológico y el análisis exhaustivo son predominantes.

Nuestra fortuna es haber sido sus discípulos. Nuestro más grande reto, no defraudarla.